



IX Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2007

CATEGORÍA ADULTO: Primer Premio

Relato premiado: *“En los ojos del halcón”.*

Autor / a: Manuel Arriazu Sada. Fustiñana (Navarra).

EN LOS OJOS DEL HALCÓN.

LA PUERTA ESTÁ ABIERTA, entornada pero abierta, se le espera. El ambiente del interior de la entrada de la casa se transforma en una bendición para quien llega de la calle con el agobio del bochorno y el resol, sumiéndole en una penumbra fresca casi inimaginable. Después, atravesando la puerta acristalada del zaguán, con la luz cenital de la escalera, amortiguada por la protección de las cortinas de la claraboya, la penumbra se suaviza y, según se alcanza el primer piso, el calor recupera su presencia aunque no llegue a alcanzar el nivel de la calle. Así que cuando el médico encuentra en el rellano a Felisa él sigue enjugando su rostro, su frente, su cuello, toda su cara, con el pañuelo, húmedo, empapado ya por el uso. Aquí se respira, dice Felisa, comprendiendo el alivio de quien acaba de llegar. Sí, claro, que ahí afuera el sol se caía a pedazos. La mujer se gira, apoyándose en el pasamanos de madera del barandado de hierro forjado y comienza a subir, despacio, abriendo el camino hacia el piso. Mientras suben, el médico, que ha vencido ya el sofoco, le pregunta por él. Que

qué tal se encuentra. La mujer no le mira ni le responde pero meneando la cabeza negando, finalmente dice, mal, está mal, don Miguel, muy mal, para qué engañarse. Mientras atraviesan la puerta ella se queda educadamente rezagada con objeto de dejarle paso, pero él se vuelve para preguntar, ¿ha evacuado? Ella le mira, ¿quiere decir si ha...?, no, no, qué va, y la fiebre le sube mucho y habla en voz alta, cosas sin sentido, a veces ni se le entiende lo que dice. El médico asiente dando a entender que comprende lo que le está diciendo, después atraviesa el pasillo dejando a ambos lados las puertas de la cocina y las de las habitaciones y finalmente empuja el pestillo de la puerta del fondo. La habitación se encuentra sumida en una oscuridad casi completa suavizada mínimamente por la luz que penetra a través de las rendijas del balcón abierto; la persiana verde se halla desplegada y una tupida cortina cubre el vano casi por completo, sin embargo, dado que la habitación se orienta al norte, allí se sigue notando un cierto alivio por más que no pueda compararse con el frescor del zaguán. El enfermo se halla acostado boca arriba y semicubierto por la sábana y la cubierta que Felisa se apresura a acondicionar. Déjelo, mujer, le dice el médico. Cuando finalmente ella se retira, el médico se acerca a la cabecera de la cama y toma la mano de Julián que apenas logra emitir un gemido ininteligible, después posa el dorso de su mano sobre la frente sudorosa del enfermo, coloca el termómetro en su axila y se dispone a explorar su vientre despojándole de la ropa, presionando con sus dedos, con la palma de su mano, palpando, dando golpecitos suaves. Transcurren unos momentos al cabo de los cuales don Miguel, el médico, toma el termómetro en su mano izquierda y con la derecha hace intención de colocar las ropas en su posición primitiva pero no lo consigue puesto que Felisa, desde el otro lado de la cama le dice, deje, deje, yo lo haré. Ambos salen después, atraviesan el pasillo y llegan a la cocina, allí el médico se cerciora de algo fácil de prever, la fiebre es alta, muy alta. ¿Come algo? Muy poco, la verdad. ¿Y beber? Felisa se encoge de hombros, apenas si toma nada, asegura compungida, ¿qué tal le ve? Pero pregunta sin esperanza. El médico trata de suavizar el diagnóstico depositando las esperanzas de todos en una mejoría que debería haberse iniciado ya hacía varios días. Es joven y fuerte, dice, y tiene ganas de vivir, pero si la fiebre no baja y no evacua...no sé, no sé. Lo cierto es que no sabe qué más podría hacerse, qué remedio podría aplicar que no haya puesto ya en práctica, qué

tratamiento intentar. La mujer lo sabe y sabe también de la gravedad de la situación. Le acompaña hasta las escaleras, hasta el zaguán. Ambos han bajado en un silencio casi absoluto, un silencio resignado, impotente. Allí, en el frescor de la entrada el médico se despide, me daré una vuelta, antes de cenar, después ya veremos, para la fiebre ya sabes, Felisa,... Que sí, que ya sabía. El médico se pierde en la sofoquina y el sol ardiente del exterior. Ella cierra la puerta y deja entreabierta la del zaguán por si algo de aquel frescor puede trasladarse al resto de la casa. Aún no ha alcanzado el rellano cuando suena la aldaba de la puerta, suave, casi tímidamente, apenas un par de golpes. Se queda por un segundo como en suspenso, con la mano sobre la madera del barandado, pensando quién puede ser a aquellas horas, la gente suele acudir en sus visitas algo más tarde, cuando el sol va de bajada y se respira en la calle. Vuelve sobre sus pasos, atraviesa de nuevo el zaguán y abre la puerta. Ah, eres tú, es su saludo a quien llega y se aparta para dejarle pasar. La tía Blasa anda algo encorvada y acusa el calor y la fatiga del paseo, se nota en su respiración fuerte y acelerada. No sé cómo te atreves a salir a estas horas, le recrimina Felisa, pero ella no responde sino que algo hay que hacer. Sí, pero hay horas y horas. No se trata de un reproche sino más bien la constatación de un hecho, por eso Blasa ni siquiera se ofende mínimamente. ¿Qué tal está? Ambas van subiendo las escaleras, despacio, casi con parsimonia. Mal, qué quieres que te diga, mal. Que ha visto salir a don Miguel. Sí, el hombre se desvive, que raro es el día en que no pasa cuatro o cinco visitas, y eso a pesar del calor, que no dan ganas de nada. ¿Y ? La pregunta queda como suspendida en el aire durante unos segundos. Nada, todo anda igual, o peor, porque cuando nada mejora es señal de que todo anda peor, que se nos va. Que no diga esas cosas, mujer, que Julián es joven y la juventud es capaz de cualquier cosa. Llegan a la puerta y en esta ocasión Felisa pasa en primer lugar, sin preocuparse de ceder el paso a quien está segura de que ha de entrar tras ella. Las dos caminan arrastrando un poco los pies y toman asiento en la cocina, con el resuello casi perdido, los años no pasan en balde. Al poco Blasa pregunta si Julián ha hecho de cuerpo. Que no, que lo mismo preguntó el médico, pero parece como si su cuerpo se negase a desprenderse de toda la inmundicia de aquella enfermedad, que Julián se pudre por dentro, sin remedio. Que no se le ocurra repetir otra vez semejantes sandeces, Felisa, que mientras hay vida hay esperanza, que todo

podría tomar otro rumbo y cambiar en un instante, que la naturaleza sabe. Felisa no acierta a responder nada. Podré verlo un momento, pregunta la recién llegada. Sí claro, pero que no se vaya a creer, que apenas si pronuncia palabra. ¿La reconocerá? A lo peor ni eso. Que no importa, que de cualquier forma le quiere ver. Las dos atraviesan el pasillo con sus andares cansinos y penetran en la habitación que se encuentra tal como quedó hace unos minutos tras la visita del médico. Blasa se acerca a Julián y se arrima una sillita de anea en la que se sienta quedando su mirada a la altura del enfermo. Le toma la mano, que arde de fiebre y Blasa le llama, Julián, Julián, pero él apenas si gira la cabeza con los ojos entrecerrados y gime por lo bajo. Déjame sólo con él, le pide a Felisa que, sorprendida por el tono de la voz de Blasa, más cercano a una orden tajante que a un ruego, sale de la habitación. Blasa se incorpora un poco sin llegar a levantarse y le llama de nuevo, Julián, Julián, escucha, dándole palmaditas en la cara, escucha Julián, tú sabes quién soy yo, ¿verdad?, mira hijo, no sé que tonterías habrás escuchado sobre mí, ni si has creído alguna insensatez de las que corren por ahí y se cuentan como verdad, eso es lo de menos, sólo una cosa, voy a traerte algo, para beber, no sabe bien, no huele bien, ni siquiera puedo prometerte que vaya a servir de algo, nada te puedo asegurar, pero, ¿te lo tomarás, verdad?, puede hacerte bien. Julián abre los ojos y le dirige una mirada extraviada pero logra menear su cabeza y pronunciar un sí en el que parece haber agotado el resto de sus energías. Entonces espera, dentro de un momento estoy de vuelta. Y retira la silla con un movimiento urgente y sale de la habitación arrastrando sus pies velozmente y casi ni se para cuando, al cruzarse con ella en la puerta de la cocina, Felisa le pregunta que a dónde va con tanta prisa, si ocurre algo, alarmada. Ella le asegura que no, que todo sigue igual, pero que enseguida vuelve, que no baje a cerrar la puerta que cuando regrese prefiere encontrarla abierta, y se pierde escaleras abajo ante la atónita mirada de Felisa que no sabe a qué vienen aquellas prisas repentinas.

FUE, RECORDARÁ JULIÁN, algo así como morir por dentro. Sentí que la tía Blasa se aproximaba en la oscuridad, ni siquiera recuerdo el momento, no sé a ciencia cierta si era tarde, noche o mañana, que para entonces había perdido la noción del tiempo y de cualquier otra cosa que no fuera aquel dolor inmenso que me consumía,

notando todo mi cuerpo, el vientre sobre todo, como una hinchazón de piedra, sin brazos ni piernas, que no los sentía ya, y con un mar de vértigos que en enormes oleadas me asaltaba sin descanso y ponía en mi boca palabras que ya ni recuerdo. La vi acercarse, despacio, arrastrando los pies, como un fantasma oscuro, trayendo entre sus manos un cuenco humeante. Cuando alcanzó la cabecera de la cama lo depositó sobre la mesilla, con sumo cuidado con el fin de no derramar el contenido, por el otro lado mi madre, que se había acercado casi sin sentir, la ayudó a incorporarme doblando el almohadón y apoyándolo en los balustres de madera torneada de la cabecera de la cama, me dejé caer como un peso muerto, casi lo era ya, entonces la tía Blasa volvió a tomar en sus manos el cuenco aquel que humeaba y me lo acercó a los labios, creí escuchar de su boca una letanía susurrada, una extraña oración, tal vez sólo movía los labios sin pronunciar palabra, no sé, bebe, hijo, me ordenó, huele mal, sabe mal, pero puede hacerte mucho bien si lo bebes. Recuerdo, o quizás lo imagino ahora, la superficie viscosa del brebaje oscuro, con su brillo oleoso, irisado, apestaba, era su olor pútrido de una fetidez hedionda que me hizo volver el rostro. La tía Blasa me tomó el codo con la mano y me aproximó de nuevo al cuenco que sujetaba con mano firme. Te lo advertí, huele mal, sabe mal... Hube de dejar a un lado todos los escrúpulos que despertaba en mí el olor repelente y nauseabundo de la cálida pócima que se me ofrecía, o quizás fue simplemente que me sentí sin fuerzas para negarme a hacerlo, mojé mis labios apenas en aquel líquido infecto sin poder reprimir un gesto de repulsión y de asco. Te lo advertí, la escuché repetir, sabe mal. Tomé sorbo a sorbo aquel líquido ardiente y oscuro que sentí hundirse en mis entrañas, hasta donde ni sentía ya. Había desaparecido la sensación de asco, el olor no parecía ya tan intenso ni repulsivo y su sabor acre no alcanzaba a producir las sensaciones de un comienzo. Así, muy bien, le escuché decir, y entre las dos mujeres, terminado ya el contenido del cuenco, volvieron a colocar el almohadón en su sitio, recostándome, ayudándome a recuperar la posición primitiva. Creo recordar que Felisa, mi madre, dijo algo así como ya está, y que Blasa se sentó muy cerca en la sillita de culo de anea, murmurando en voz baja una extraña y monótona salmodia completamente ininteligible y de la que no recuerdo ni una sola palabra. Mi madre debió salir de la habitación pues a partir de este momento no la recuerdo. Aunque pueda parecer extraño percibía la estancia, las

sombras, como algo tangible, con peso y relieve, la escasa luz podía alcanzarse con los dedos, sentirla en las yemas, el aire sabía y pude escuchar el rumor suave de un viento dulce antes de comenzar a consumirme en aquel fuego atroz que comenzó a crecer en mis entrañas. Retorcido de dolor, grité con las pocas fuerzas que me restaban y me retorcí deseando la muerte, tanto era el dolor y la angustia que me inundaban. Fue entonces cuando sentí la voz de la vieja que hablaba con voz clara, casi alegre. O quizás no dijo nada y todo fue producto la imaginación, del delirio de la fiebre y la desesperación. Quiero vivir, decía, en el corazón valiente del águila, del halcón, del azor. Quiero ver por los ojos del cuervo y del zorzal, por los del lobo y el zorro. Quiero viajar en las alas desplegadas del buitre y volar en círculos, con la libertad del aire. Quiero ser pluma, quiero ser piel, quiero ser carne otra vez que vive en libertad. Escuché sus palabras, repetidas una y otra vez, en medio de aquel tormento insoportable. Sé que me pidió varias veces que hiciera algo, júramelo, prométeme que lo harás. Después apenas si recuerdo otra cosa que el ajetreo de las dos mujeres a mi alrededor, mi cuerpo había reventado como un grano de pus y arrojaba al exterior su podredumbre por todos los resquicios. Las arcadas se sucedían una tras otra provocando el vómito al mismo tiempo que me sobrevenía una diarrea interminable llenando el ambiente del apestoso olor de mis miserias, entre retorcijones que me partían de dolor. Las mujeres se afanaban intentando vanamente mitigar el desorden y la suciedad que iba yo esparciendo, quitando sábanas, acercando barreñas y toallas, fregando el suelo una y otra vez, limpiándome. Al cabo de un tiempo todo cesó y me sumí en un estado de ingravidez, de ausencia. Al despertar no tenía noción alguna del tiempo transcurrido, noté las sábanas limpias, frescas, la habitación ventilada y una indescriptible sensación de quietud casi placentera, de sosiego. Blasa no estaba ya. Me volví a dormir. Era casi noche cerrada cuando don Miguel pasó su habitual visita, recibiendo las noticias de lo acontecido, a excepción, claro, de las causas que lo habían propiciado, y quedó gratamente sorprendido por el cambio aunque, ciertamente, no supo a qué atribuirlo. La fiebre había descendido ostensiblemente y la mejoría era palpable. De aquellas terribles horas me quedó, como un rescaldo inextinguible, una gratitud infinita hacia aquella vieja mujer, la tía Blasa, y un inconcreto compromiso, una promesa, un algo por hacer. Que cómo podría pagarle yo, tía, lo que usted hizo por mí.

Que no dijera tonterías, Julián, que ya sabía cómo, que sólo yo podía hacerlo y que estaba segura de que así sería.

LA MUJER RUTABA EN la cocina, del fregadero al poyate, de allí al vasar, del vasar al fregadero, él la miraba hacer a la par que iba almorzando, partiendo el pan con movimientos lentos, casi con parsimonia, llevándose a la boca la cuchara y sirviéndose aquel vino negro como la pez. Al fin, sin volverse siquiera, dejó caer cuatro palabras desde la cocinilla, completamente de espaldas. Anda el pueblo revuelto, dijo. Él detuvo un instante su mirada y dejó inmóvil la cuchara apenas a dos centímetros de la boca, expectante. Por lo del cementerio, explicó mientras seguía cacharreando, nadie se lo explica, dicen que ha venido un juez y todo, que parece que se lo han tomado en serio, que es algo gordo. Para entonces él había recobrado el movimiento y seguía comiendo con fingida dedicación, como si nada de lo que escuchaba pudiera afectarle en modo alguno. La gente ha comenzado a decir cosas, que tenía algo de bruja, que hay quien dice que no le extraña nada lo ocurrido, que era de esperar. La gente dice muchas tonterías, sentenció él entre el bocado y el trago, muchas tonterías, eso es lo que dicen, que hay quien habla por no callar. Pues al Currillo parece que no se le ha ido el susto, que dicen que a poco enferma de espanto, el pobre, a lo peor tienen razón, que no es normal que la caja estuviera vacía, Julián, tú dirás lo que quieras pero normal no es, que nunca había pasado. Él comenzó a sentirse incómodo con la conversación, se levantó y se acercó a la ventana, seguía lloviendo, a cántaros, como no lo había hecho desde hacía tanto tiempo, una bendición del cielo para los campos, un bálsamo que calmaba la sed de los sembrados y barbechos, la de los rebaños y las bestias, la de los hombres. Agua para vivir, pensó, agua para morir, todo agua. Miguela seguía hablando, que fue el Currillo quien se percató, claro, quién si no, no podía ser de otro modo, que al preparar la fosa del señor Niceto, el de la fonda, pariente de Blasa, que en paz descansa ya, y que Dios tenga en su gloria, quiso retirar los restos y al abrir el ataúd, calañado, carcomido, deshecho, se encontró con nada, que nada había allí, ni rastro de su cuerpo, nada, ni huesos, ni pelo, ni polvo siquiera, nada, y mira que el Currillo ha visto cosas, que son años los que lleva en el asunto, que siempre ha presumido de sentirse allí tal que en su casa y entre los muertos como en familia, que

seguro que se lo has oído más de una vez, que el vino le abre el alma al bueno del Currillo, pues, según dicen, con más miedo que alma, sin llegarle la camisa al cuerpo se llegó a la parroquia y le fue con la historia al señor cura. Julián no logró reprimir un “a buen sitio fue a parar” pronunciado entre dientes. Que lo primero que pensó el párroco, don Elías, fue que el Currillo andaba mamao de par de mañana, que no sería la primera vez, pero algo debió notar en él que le convenció de que esta vez no era lo mismo y ambos anduvieron a buen paso, que varias mujeres les vieron pasar por la plaza y subir por la cuesta del estanco, hacia el camposanto. Que allí don Elías no vio sino lo que el Currillo unos minutos antes, nada, así que decidió ponerlo en conocimiento de las autoridades. Julián seguía mirando caer el agua sobre los tejados de los cobertizos del corral, hoy no podría salir con el rebaño, ni pensar en ello, se acercaría a los corrales para dar vuelta y echarles algo en los comederos. No quiso pensar en lo que acababa de escuchar porque ni siquiera ella conocía lo que desde hacía tanto tiempo era, incluso para él, un mal sueño del que tenía la improbable esperanza de que nunca hubiera sido realidad. Enseguida volvió, le dijo a la mujer, se protegió con el chubasquero y salió a la puerta, allí le esperaba Canela, la perra, que al verle salir comenzó a mover el rabo y se puso a andar a su lado a pesar de la lluvia, del barro y los charcos. Vamos, Canela, le dijo, y la perra le miró como si hubiera encontrado en su voz un algo distinto y lleno de sentido.

EL JUEZ ERA UN hombre meticoloso y concienzudo pero sabía que toda una jornada de trabajo, planeada y comprometida de antemano, puede venirse abajo en un solo instante y sin razón aparente. Eso acababa de ocurrir hacía escasas horas y ahora que regresaba a la paz de su despacho lo hacía con la extraña sensación de haber vivido todo ese tiempo inmerso en un mundo irreal, de locos, de los que siempre creyó que no existían sino en la imaginación y en la mente enfermiza de ciertos autores de novela negra. Por si fuera poco al ir entrando el día había comenzado a sentir aquel pinchacito en el costado que le hacía dudar de su salud y le provocaba un estado de ansiedad que acababa por hacerle pasar un mal rato y amargarle el día. El primer síntoma creyó notarlo al bajar del coche en la explanada del cementerio de aquel pueblo, llovía a mares y, a pesar de que el alcalde salió a su encuentro y trató de

protegerle con su paraguas, no logró evitar que se calara hasta los huesos porque las ráfagas de lluvia se colaban por debajo, y de ninguna manera consiguió evitar que sus zapatos acabaran rebozados con dos dedos de aquel espeso barro rojo y pegajoso. Cuando llegó al interior del almacén del cementerio no pudo evitar dirigir su mano hacia el lugar donde el pinchazo había aparecido de nuevo y un gesto de dolor en el que, afortunadamente, ninguno de los presentes reparó. Fue un hombrecillo desmedrado, al que todos llamaban Currillo, de rostro arrugado, curtido por el sol y el viento, de manos romas y nudosas, quien le comenzó a poner al tanto de lo ocurrido pero al poco el cura le había interrumpido y había sido él mismo quien le había relatado los pormenores de lo que consideraba un asunto grave en extremo. Echó un vistazo a los restos del ataúd y no pudo sino constatar que probablemente jamás se usó. Eso hubiera pensado de no haber encontrado el párroco una bolsita de tela que debió contener algunas hierbas, probablemente tomillo y espliego, de las que no quedaba sino un rastro de polvo gris, ceniciento. Se enteró entonces de las habilidades de la tal Blasa, la difunta cuyos restos no aparecían, en el preparado de mixturas, ungüentos y remedios a partir de hierbas, pero no le concedió mayor importancia pues era algo habitual en aquellos pueblos y la presencia de aquella bolsita no adquiriría ningún significado especial ya que entraba dentro de las ancestrales costumbres funerarias de aquellas tierras y de sus gentes. El problema radicaba en que únicamente hubiera aparecido la bolsita. Don Elías, el párroco, según aseguró en su no solicitada declaración, parecía no haber detectado nada fuera de lo normal y quiso dejar claro que cuando el féretro salió de la iglesia tras el oficio de réquiem la difunta lo ocupaba, y que en ningún momento ocurrió nada raro en el trayecto en el que la comitiva le acompañó hasta el camposanto. Allí, todos eran testigos de cómo el Currillo cumplió con su obligación y le dio tierra. Por su parte el Currillo juró y perjuró por lo más sagrado que cuando hicieron descender la caja hasta el fondo del hoyo pesaba lo suyo, que de haber estado vacía lo hubieran notado. Había tomado también declaración a un tal Julián Sampedro, pastor de profesión, más por rutina y por falta de otras líneas de investigación que por tener esperanzas mínimamente fundadas de que pudiera echar alguna luz sobre el asunto. El párroco, don Elías, había recordado de pronto algo que probablemente carecía de importancia pero que dado el cariz que iba tomando el caso creyó su deber poner en su

conocimiento. El día en que había dado el Santo Viático a la tía Blasa, moribunda ya, que apenas si duró media hora, al terminar y tratando de asistir espiritualmente a la buena mujer le había preguntado si podía hacer algo más por ella. Notó, dijo don Elías, que Blasa sonreía dulcemente y que meneando la cabeza ligeramente había dicho algo sin sentido, fuera de lugar, que no, que no, que Julián ya sabía. Así que habló con el tal Julián, le mandó llamar y no resultó difícil su localización a causa de la lluvia, seguro que está en casa, dijo el alcalde y mandó al Currillo en su busca. El pastor se había mostrado algo inquieto en un principio y justamente entonces le había repetido el pinchazo del costado, como un alfilerazo inclemente que le cortó momentáneamente la respiración. Le preguntaron si se sentía mal pero él aseguró que no era nada, que en un momento se le pasaba. Resultó que la única relación del tal Julián con la difunta tía Blasa databa de bastante tiempo atrás y hacía referencia únicamente a un episodio en el que, por lo visto, aquella mujer había tratado con sus hierbas alguna enfermedad del pastor, cosa nada extraña pues vino a resultar que entre los presentes el que más y el que menos acabó por reconocer haber recibido en algún momento los cuidados y consejos de la tía. Nadie más había logrado aportar indicio alguno que pudiera ayudar a resolver el enigma de la desaparición de sus restos y, por su parte, no estaba dispuesto a perder el tiempo indagando qué pudo ocurrir con un difunto cuando tantos y tantos problemas importantes le esperaban por resolver con los vivos. El juez se sintió íntimamente aliviado por la decisión tomada y cuidó muy mucho de no expresarla en voz alta, se despidió de todos y les aseguró que de saberse algo o aparecer nuevas pruebas tendrían noticias suyas. Ahora, sentado ante su mesa, volvió a sufrir aquel aguijonazo atroz que le cortaba la respiración y que le hizo olvidarse de aquel pueblo, del barro, de la lluvia, de todo. Mañana mismo iba al médico, mañana mismo.

EL CURRILLO LE ENCONTRÓ cuando acababa de arreglar los animales en el cobertizo del corral, a las afueras del pueblo, y le dijo que el alcalde le había mandado llamar, que acudiera al cementerio que allí estaban ya don Elías y un juez que había venido por lo de la Blasa. El Currillo parecía nervioso y ni siquiera se quejó demasiado cuando Canela, la perra, le mordisqueó, jugueteando, el dobladillo del bajo del pantalón. Quita, Canela, leches, que te doy. Enseguida voy, le aseguró, tratando de

aparentar una calma que no sentía. Después, tan sólo unos minutos hacía desde que el Currillo le comunicase que se le requería, miró a la perra y le dijo, vamos, Canela. Pero en lugar de seguirle, la perra adoptó una postura sumisa, tumbándose en el suelo seco del interior del cubierto donde estaban las ovejas, él regresó sobre sus pasos, acarició su lomo y le repitió, he dicho que vamos, venga. Y la perra, gimiendo, se puso a su lado y le acompañó a regañadientes, con la cabeza gacha. Mientras caminaban, sorteando los charcos más grandes y evitando las partes del camino en las que el barro se acumulaba, él le fue hablando, nadie sabe nada, le dijo, nadie puede saber nada, tú sí, que también estuviste allí, pero no puedes hablar, así que nada pueden saber, sólo imaginar, que imaginen lo que quieran, nada pueden saber. La perra le miraba sin perder el paso. La tía Blasa, le decía, vuela ya en las alas del buitre y en el corazón del águila y el halcón, en los ojos del zorro y del lobo, hace mucho tiempo que nadie pone el pie en los barrancos de Anielga, Canela, seguramente pasarán muchos más aún antes de que alguien se aventure entre las peñas, entre los pinos, las sabinas, los romeros de los barrancos de Anielga, tu eras apenas un cachorro, ella me lo pidió y yo se lo debía, déjame allí, me dijo, déjame allí que me angustia ser sólo gusano y podredumbre, deja que sea otros animales, deja que sea parte de ellos, que forme parte de su libertad y cuando sólo sea hueso, entierra allí mismo lo que quede de mí, eso me dijo Canela, y yo se lo debía, por eso fuimos, tú también, y dejamos que viviera su sueño de muerte, hasta ahora nadie la echó en falta allí donde todos creían que estaba, nadie la echará en falta ya nunca. Fue entonces cuando, al mirar a la perra, sintió un escalofrío que le heló la sangre, se detuvo, se volvió hacia ella, se agachó, se puso a su altura y tomando su cabeza con ambas manos descubrió en los ojos de Canela algo que ya debía saber. Tenía que haberlo imaginado, dijo en voz alta, pero su voz no denotaba enfado. Y repitió, como para sí, un par de veces, así que en ti también, Canela, también en tus ojos. Levantándose retomó el camino al cementerio. La perra se había quedado allí, parada, como indecisa. Él se giró, vamos Canela, venga, dijo, y ella le obedeció de inmediato.